

LAS PRISIONES, UN DESAFÍO PARA LA ACCIÓN SOCIAL DE LA IGLESIA

VIII Congreso Trinitario Internacional

Las prisiones ¿oportunidad o fracaso?

Granada, 18 de noviembre de 2010

Dra. Flaminia GIOVANELLI

Subsecretario del Pontificio Consejo "Justicia y Paz"

Desde hace casi 36 años, todas las mañanas, al dirigirme a la oficina, paso delante de la histórica prisión de Roma, la cual posee un nombre de suave sonido para nuestros oídos de cristianos: "*Regina Coeli*". Hace cinco años, con ocasión del Seminario Internacional organizado conjuntamente por el Pontificio Consejo «Justicia y Paz» y por la Comisión Internacional de la Pastoral Penitenciaria Católica sobre el tema "*Los Derechos humanos de los presos*", entré en esa cárcel donde, junto con todos los participantes y un cierto número de los allí detenidos, participé en la Eucaristía celebrada en la "rotonda".

Esto es muy poco para poder dirigiros una palabra a vosotros que os dedicáis, en modo profesional o voluntario, pero siempre en modo competente, al mundo de las prisiones. Sobre todo, es muy poco para participar en un encuentro organizado por los Padres Trinitarios que, desde hace siglos curan las heridas de tantos desamparados, privados de su libertad.

De cualquier modo, precisamente reflexionando sobre estos hechos, he procurado hacer mi parte lo mejor posible para identificar algunos de los desafíos que las prisiones presentan a la acción social de la Iglesia. Algunos de estos desafíos pertenecen a toda época, otros están vinculados a nuestra precisa época histórica.

1. La realidad de las prisiones **es un desafío ineludible para la Iglesia: estaba preso, y me vinieron a ver** (Mt 25, 35-36). Recuerdo que mientras participaba en la Eucaristía de la que ya hablaba en las primeras líneas, me venían a la mente las imágenes de aquel documental, que los católicos de mi generación han contemplado en muchas ocasiones, el cual fue realizado durante la histórica visita del Beato Juan XXIII¹ poco después de su elección al pontificado. Ese documental presentaba al Papa en ese preciso lugar (la cárcel romana de "*Regina Coeli*"). El Papa no llevaba ningún discurso preparado, pero apenas entró, dijo: "También aquí estamos en la casa del Padre". Esto lo recordaba también Su Santidad Benedicto XVI hace algunos domingos: "Dios no se deja

1 Juan XXIII realizó aquella visita el 26 de diciembre de 1958.

condicionar por nuestros prejuicios humanos, sino que ve en cada uno un alma que es preciso salvar, y le atraen especialmente aquellas almas a las que se considera perdidas y que así lo piensan ellas mismas”². Por tanto, me sentiría capaz de decir que sobre todo en las prisiones está la Casa del Padre: ya que la Iglesia posee como misión la de estar junto a los pobres, de hacerse su voz. ¿Quién sino quien está encarcelado tiene dificultad para hacerse escuchar? El amor, “la opción” preferencial hacia ellos es una directiva de la doctrina social de la Iglesia.

El Cardenal Van Thuân, un preso excepcional, atribuía esta preferencia, en modo humorístico- el humorismo era un rasgo fundamental de su carácter - a uno de los “defectos” de Jesús. Decía a Su Santidad Juan Pablo II y a la Curia romana en una de las predicaciones de los ejercicios espirituales del año 2000: "Jesús no sabe matemáticas. Si hubiera hecho un examen de matemáticas, quizás lo hubieran suspendido. Lo demuestra la parábola de la oveja perdida...Para Jesús, uno equivale a noventa y nueve, ¡quizá incluso más! ¿Quién aceptaría esto?... Cuando se trata de salvar una oveja descarriada, Jesús no se deja desanimar por ningún riesgo, por ningún esfuerzo. ¡Contemplemos sus acciones llenas de compasión cuando se sienta junto al pozo de Jacob y dialoga con la Samaritana, o bien cuando quiere detenerse en casa de Zaqueo! ¡Qué sencillez sin cálculo, qué amor por los pecadores!"³

2. **Formar una comunidad, y especialmente una comunidad cristiana, sensible al problema carcelario:** cuán difícil es. En efecto, las cárceles constituyen uno de aquellos problemas que se comprenden solamente experimentándolos, de alguna manera, en la vida personal. En aquella visita a los encarcelados de Roma, Juan XXIII relataba que uno de sus familiares había sido encarcelado por haber ido de caza sin la licencia necesaria. Yo misma, que por más de 30 años he pasado en manera indiferente frente a la prisión de *Regina Coeli*, desde hace algunos años, en que una persona de mi familia ha pasado por esta experiencia - una experiencia que me ha enseñado mucho también a mí – al pasar frente a ese lugar oro puntualmente por los detenidos.

Pero no sólo eso, la dificultad está también en una cierta contradicción propia de este proceso educativo. Si por una parte, hay que atender a un mayor y más serio conocimiento de la problemática del mundo carcelario por parte de la opinión pública – visto que los medios de comunicación tocan el tema, ordinariamente, sólo con ocasión de las “emergencias”-, por otra parte, para comprender esta problemática hay que utilizar métodos discretos. Es la correspondencia escrita el principal medio de comunicación entre los detenidos y el mundo externo. Y la correspondencia es

2 Benedicto XVI, *Angelus* del 31 de octubre de 2010.

3 François Xavier Nguyen Van Thuan, *Testigos de esperanza*, Madrid, Ciudad Nueva, 2000, p. 27-28

uno de los instrumentos discretos que, al día de hoy, muy pocos saben utilizar. Nuestra época es la de los teléfonos móviles, gracias a los cuales, durante nuestros traslados cotidianos, tenemos conocimiento de lo que hacen los demás sin estar mínimamente interesados en ello, o también la época de la comunicación por medio del correo electrónico: donde los mensajes casi nunca son fruto de la reflexión, se escriben de repente y en muchas ocasiones se dan a conocer nuestras opiniones y las de quienes nos escriben a terceras personas, sin una mayor valoración de la cuestión. Por el contrario, el contacto con los encarcelados y con su ambiente necesita de discreción; a este respecto, es significativo que tanto el Papa Juan XXIII en 1958 como el Papa Benedicto XVI en su reciente visita a la cárcel de Sulmona, en Italia, no han pronunciado ningún discurso, sino que se han encontrado personalmente con los prisioneros. ¿Quién no recuerda las imágenes del encuentro de Juan Pablo II con Ali Agca? ¡Aunque los hayamos visto tantas veces hablando en esas imágenes televisivas, seguimos sin saber qué es lo que se dijeron!

3. **La cuestión del tiempo** que parece dilatarse para quien está privado de la libertad y que tanta importancia tiene para él, constituye un desafío hoy más que nunca. Cuando considero los tres meses que el miembro de mi familia ha pasado en la prisión, antes de ser absuelto (porque aquello de lo que había sido acusado no constituía un delito) me parece verdaderamente paradójico que eso pueda pasar en una época en la cual el tiempo transcurre más rápidamente, por así decirlo, que en otras épocas, por la velocidad con la que se suceden los cambios en todos los sectores, sea en los de la ciencia, los de la tecnología, como en los de la vida social en general.

Pero para la Iglesia, el tiempo reviste un significado particular y ella tiene algo que decir al respecto. A este respecto, con un significado muy denso, Juan Pablo II subrayaba en el *Mensaje para el Jubileo en las Prisiones*, que: “*el tiempo es de Dios*. Tampoco escapa a este señorío de Dios el tiempo de la reclusión. Los poderes públicos que, en cumplimiento de las disposiciones legales, privan de la libertad personal a un ser humano, poniendo como entre paréntesis un período más o menos largo de su existencia, deben saber que ellos *no son señores del tiempo del preso*. Del mismo modo, quien se encuentra encarcelado no debe vivir como si el tiempo de la cárcel le hubiera sido substraído de forma irremediable: *incluso el tiempo transcurrido en la cárcel es tiempo de Dios* y como tal ha de ser vivido; es un tiempo que debe ser ofrecido a Dios como ocasión de verdad, de humildad, de expiación y también de fe”⁴.

Ciertamente no se nos escapa lo difícil que resulta para el hombre moderno reconocer que el tiempo no le pertenece, desde el momento que frecuentemente cree ser autosuficiente y que, como afirma Benedicto XVI en la *Caritas in Veritate*: “tiene a veces la errónea convicción de ser el único

4 Juan Pablo II, *Mensaje para el Jubileo en las Cárceles*, 9 de julio de 2000

autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad”⁵.

4. A la secularización se añade, hoy, para la Iglesia, el desafío del **acercamiento a las otras religiones y culturas**, especialmente en el universo carcelario. Decía el Papa Juan XXIII en 1958: “Si se comete un error, se debe pagar y nosotros debemos ofrecer al Señor nuestros sacrificios. ¡Qué grande es, hermanos, el cristianismo!”.

Difícilmente podría hoy el Papa pronunciar esta frase sin exponerse a ser juzgado “políticamente incorrecto”. En efecto, el aumento de los detenidos extranjeros y no cristianos, al menos en las prisiones europeas, es rapidísimo, como lo es el movimiento migratorio en su conjunto, debido al fenómeno de la globalización. Más aún, el de las migraciones es el fenómeno que caracteriza nuestro tiempo; aunque se haya presentado siempre en la historia, hoy se ha hecho mucho más complejo y es percibido en un modo nuevo, precisamente a causa de la mundialización. Una complejidad reside, por ejemplo, en las diversas formas de migraciones - permanentes, temporales, o también económicas o forzadas – o en la explosión del número de los refugiados.

En fin, esta cuestión es una de las que necesitan ser gobernadas a través de aquella *Autoridad política mundial* ya esbozada por Juan XXIII en la *Pacem in Terris* y nuevamente evocada por el Papa Benedicto XVI en el número 67 de la encíclica *Caritas in Veritate*⁶.

Pero (volviendo al tema de los detenidos extranjeros) cuando se piensa que, en realidad, los emigrantes en general representan un porcentaje muy bajo de la población mundial (son cerca del 3% ,dado que se calculan entre 175/200 millones de emigrantes) mientras que el porcentaje de los presos extranjeros respecto a los autóctonos, al menos en los países occidentales, es mucho mayor⁷, se entiende qué desafío representa este hecho, para las instituciones civiles interesadas y para la Iglesia que actúa en las prisiones a través de los capellanes y de los voluntarios. Y es necesario reconocer que especialmente la función de los Capellanes se ha hecho mucho más compleja: desde el momento que los detenidos extranjeros son pobres -en la mayoría de los casos-, carentes de un apoyo familiar y frecuentemente no católicos y no cristianos, el Capellán corre el riesgo de tener que transformarse sólo en un asistente social⁸.

5 Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n.34

6 Se lee al n. 67 de la *Caritas in Veritate*: "Para gobernar la economía mundial, para sanear las economías afectadas por la crisis, para prevenir su empeoramiento y mayores desequilibrios consiguientes, para lograr un oportuno desarme integral, la seguridad alimenticia y la paz, para garantizar la salvaguardia del ambiente y regular los flujos migratorios, urge la presencia de una verdadera *Autoridad política mundial*".

7 En Italia, por ejemplo, los detenidos extranjeros pasaron de ser el 16% en el 2001 al 37% en el 2008; la media europea es del 30%.

8 Cfr. CANIATO, G., *Intervento al VI° Congresso della Pastorale dei migranti e dei rifugiati*, en «People on the Move» 111 (diciembre 2009) p. 221.

5. Ciertamente, si la función de los Capellanes no deber confundirse con la de los Asistentes sociales, la Iglesia y en especial los laicos están de todas maneras llamados a **“reflexionar sobre el sentido de la pena y abrir nuevos horizontes para la colectividad”**⁹. En efecto, no obstante los progresos que se han realizado, al menos en los países occidentales, por cuanto se refiere al respeto de los derechos humanos de los detenidos, Juan Pablo II animaba en el *Mensaje para el Jubileo en las Cárceles* a realizar un esfuerzo en lo que se refiere a la prevención del delito y “ cuando, a pesar de todo, se comete el delito, la colaboración al bien común se traduce para cada uno, dentro de los límites de su competencia, en el compromiso de contribuir al establecimiento de procesos de redención y de crecimiento personal y comunitario fundados en la responsabilidad ... Los que pueden, deben esforzarse en dar forma jurídica a estos fines”¹⁰.

En fin, los cristianos están llamados a dar su contribución para reprojectar los sistemas penales, advirtiéndole que la pena no debe ser una simple dinámica retributiva, ni una forma de represalia social, o incluso una venganza institucional, sino ante todo un proceso de reconstrucción, de reparación del daño realizado a la sociedad y a la víctima. Un proceso, por tanto, que ponga a quien ha cometido el error frente a las propias responsabilidades y le ofrezca la posibilidad de repararlo, de forma que sea, por tanto, un proceso verdaderamente reeducativo.

Pero este tipo de proceso implica nuevas modalidades de penalización de los delitos más allá de las cárceles. Por ejemplo, en una sociedad como la nuestra en la cual la persona se identifica cada vez más a través de la función social que desempeña, resulta particularmente eficaz sancionar el rango social de quien comete delitos imponiéndole, quizás, formas de trabajo socialmente útiles¹¹. En esta óptica, se trata, por tanto, de favorecer las penas alternativas en general, que permiten personalizar el proceso de recuperación del sentenciado, las cuales son menos costosas que la reclusión en cárceles y consienten evitar el paso brusco entre la reclusión y la libertad.

Esta perspectiva presenta, desde mi punto de vista, un desafío que la Iglesia podría asumir con éxito. El compromiso de los juristas cristianos, a nivel de reflexión, y de los capellanes y voluntarios, que ofrecen asistencia a los reclusos y a los ex-reclusos, podría dar impulso a la promoción y a la aplicación de penas alternativas a fin de que estas puedan incluir a un mayor número de sentenciados. Se trata en efecto, de poner en cierto modo remedio a la condición de pobreza generalizada de los presos y sobre todo a la de los presos extranjeros y de los enfermos que no tienen una familia ni una casa y que cuando les ha sido dada una pena a cumplir fuera de la prisión, se encuentran en la imposibilidad de salir de la cárcel, porque no tienen a donde ir. Algunas

9 Juan Pablo II, *Mensaje para el Jubileo en las Cárceles*, n. 5, 9 de julio de 2000.

10 *ibid*, n.6

11 Cfr. D'Agostino, F., *Oltre la logica delle sbarre ripensiamo il peso delle pene*, *Avvenire*, 26 de agosto de 2010, p.1

iniciativas actúan ya para dar respuesta a estas situaciones; personalmente conozco la que ha sido puesta en práctica por la Cáritas de Milán, con el nombre “Un techo para todos”.

Existe además otra exigencia, pues apenas concluye el cumplimiento de la sentencia, se ha de obtener un empleo para sostenerse y para no recaer en un nuevo delito. ¡Y el empleo, en un periodo de profunda crisis económica, escasea para todos! También existen brillantes iniciativas al respecto, y cito algunas que he conocido. En Italia se ha dado cierta resonancia al *panettone* -nuestro típico dulce navideño- "*made in jail*" producido por los presos de la cárcel de Padua, convertidos en expertos reposteros, gracias a la intervención de una cooperativa en la *network* del movimiento Comunión y Liberación. Pero también a nivel de las instituciones, es interesante el resultado favorable alcanzado por el proyecto de la Protección Civil italiana, que ha hecho adoptar una de las iglesias afectadas por el terremoto del Abruzzo del 2009 a la casa de reclusión de Sulmona, una prisión particularmente problemática. Los casi cuarenta detenidos involucrados, además de haber restaurado las 14 estaciones del *Via Crucis*, han donado los € 10.000 obtenidos con su trabajo a algunas familias del lugar.

Quisiera concluir esta breve intervención, en la cual he querido señalar algunos desafíos presentados a la acción social de la Iglesia por la problemática de las prisiones, subrayando un poco la **crisis de la familia** que, en mi opinión, agrava la condición de los presos. Refieren las crónicas de aquella visita realizada por el papa Juan XXIII a la prisión de *Regina Coeli* - que ya he mencionado anteriormente -, que en realidad, la recepción de los detenidos, al inicio, fue fría y que el Papa tenía un aire de empacho durante su discurso improvisado, pero que cuando les habló de sus familias, pidiéndoles que les escribieran una carta para decirles que él había ido a visitarles, “pareció venirse abajo [por los aplausos] la bóveda de la rotonda de Regina Coeli”¹². La inestabilidad de las familias, el individualismo con el cual se viven frecuentemente las relaciones familiares, la poca estima de que goza en nuestros días la institución familiar, son elementos que no pueden no ejercer un rol, tanto en la vida dentro de la prisión (y después como expresidarios) como en el aumento del número de los delitos, especialmente cometidos por los jóvenes¹³. Y la Iglesia parece ser la principal, si no la única instancia que combate por la defensa de la familia – fundada sobre el matrimonio entre un varón y una mujer – aún bajo el riesgo de ser juzgada retrógrada y sin sentido de la realidad.

Finalmente, una última experiencia personal en un contexto diverso al expuesto en este

¹² Valente, G., *Anche Pietro e Paolo sono stati in galera, Dossier emergenza carceri*, en «30 giorni», n.6/2000.

¹³ Al respecto, dice monseñor Giorgio Caniato, que ha pasado 42 años en la cárcel de San Vittore, en Milán: “Cuando trabajaba, hace veinte años, con los chicos de los institutos de reeducación, encontré sólo a dos acusados de homicidio. Hoy son decenas, porque están desprovistos completamente de una educación en el valor de la vida”.

congreso, pero que me parece significativo. Hace algunas semanas me encontraba en Lituania, en Vilnius, para escuchar los relatos de algunas personas que estuvieron recluidas en los campos de concentración rusos durante los años cuarenta. La conclusión de uno de ellos fue: “Nunca me he sentido tan libre como en los años que pasé en la cárcel”. ¡La fuerza de la fe tiene este poder: liberar a los prisioneros!